

interés, ofreciéndose con todo su realismo al comentario sabroso de comadres, niñas histéricas y mujeres del gran mundo.

Escueta y pulida de la hojarasca, la noticia era la siguiente:

"Don L. R. hirió mortalmente sin lucha previa a D. B., estudiante de ingeniería, por haberlo sorprendido en la alcoba de su esposa la señora I. H. de R. Ella desapareció del hogar, no habiendo hasta ahora la policía podido descubrir su paradero. El señor L. R. fué detenido y D. B. conducido al hospital donde falleció al practicársele la primera cura".

Alberto se sintió menos desgraciado; no era solo para sufrir. Las tragedias se suceden aunque más veladas en los hogares de los protegidos de la suerte.

— ¡Es infame el mundo! — dijo para su coleteo.

Y con el ánimo más tranquilo siguió cacinando al azar.

Después reaccionó, se avergonzó de haber experimentado placer con el dolor ajeno. Se creyó malo.

Mas, esto duró apenas un segundo. La mente de Alberto no se detenía en un asunto de orden meramente sentimental, y demasiadas preocupaciones lo atormentaban ya.

Había leído mucho.

No pudo jamás concretar y resolver los múltiples problemas sociales que las lecturas le sugerieran.

Y esto le desesperaba.

De carácter azaz violento, chocaba continuamente con las conclusiones de índole doctrinaria que le marcaban un rumbo definido.

Comprendía y aceptaba sinceramente la obra de los metódicos revolucionarios que llevados al terreno práctico deben transar a la espera de mejores tiempos u oportunidades.

No desconocía la tarea intensa de miles de cerebros que laboraban ordenadamente, pero una fuerza superior a su voluntad lo impulsaba a rebelarse rabiosamente, hubiera querido aniquilar de un solo golpe todo ese cúmulo de cosas que, según él, trabaran la marcha de la humanidad hacia un futuro mejor.

¡Es perra la vida!

Repitió su frase; con ella se desahogaba.

Se sentó abatido en un banco de una desierta plazoleta, a la que había llegado casi inconscientemente.

Volvió a su memoria el recuerdo de estos últimos días de interminable peregrinación en busca de trabajo.

En el diario donde escribía fué declarado cesante como sus demás compañeros, sin previo aviso, porque la empresa comercial hubo fracasado.

Los haberes fueron cobrados en vales de 5 y 10 pesos, que para hacerlos efectivos dióle más trabajo que un mes continuo de tarea.

Ayer por fin, ante la negra perspectiva de días sin pan, aceptó